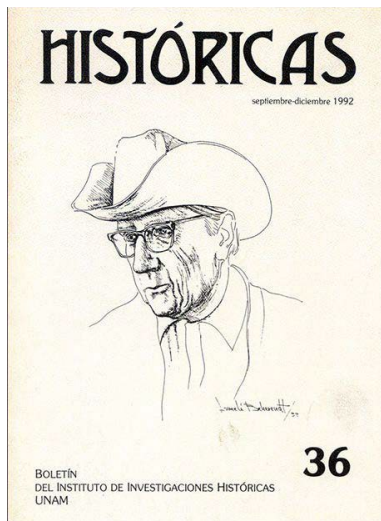




Artículo: Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina,

Autor(es): Matute, Álvaro

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 36

Año: 1992

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Matute, Álvaro. "Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina," Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 36 (1992): p. 24-27. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3800>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina *

Alvaro Matute **

Una tarde de principios de febrero de 1965, en el salón 201 de la Facultad de Filosofía y Letras fue la primera vez que escuché al doctor Juan A. Ortega y Medina: Era la clase de Historiografía General. Más adelante llevé con él Imperio Español en América y el seminario de Historiografía Mexicana del siglo xix. En él se combinaban el gusto por leer historiadores del siglo xix, con la disciplina para analizar sus textos. Esto último era y ha sido fundamental en el largo magisterio del doctor Ortega.

Si enumero las clases que seguí con Ortega no es porque quiera hacer público mi propio currículum estudiantil, sino porque si se inscribe uno muchas veces con un maestro es que desde la primera sabe que ese maestro sí le está enseñando. Su clase de Historiografía General era sabia y rigurosa. Para comenzar, nos interrogaba por escrito acerca de por qué estábamos ahí, qué esperábamos de la historia y hacia qué rumbo de ella queríamos transitar. Más adelante nos hacía leer a los *padres de la historia*. De ese lejano tiempo datan nuestras primeras y sorprendidas incursiones en Herodoto y en Tucídides, a quien no sabemos si realmente entendíamos o no. Más tarde nos llevaba hojas mimeografiadas con fragmentos de Quintiliano y Alfonso el Sabio. En el segundo semestre, una excelente traducción suya de Schiller hacía volar nuestra imaginación, para al fin especular con Windelband lo que los neokantianos pensaban de la historia.

Siempre tuve la inquietud de saber si mis maestros eran historiadores o solamente profesores de historia. Buscaba en los ficheros de las bibliotecas qué habían escrito, y desde entonces me encontré con los distintos títulos que Ortega y Medina había publicado hasta ese momento. Me llamaba la atención su línea de investigación fundamental, que se puede resumir con la fórmula de *México en la conciencia anglosajona*. Había un libro sobre el que me fui de lleno; era un pequeño volumen que recogía

* Texto leído en el Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, con motivo de la entrega de premios del Comité Mexicano de Ciencias Históricas.

** Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

distintos trabajos breves, y que lleva por título *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962). En la advertencia preliminar me encontré con un párrafo en el que expresaba con precisión los elementos que debe contener una reseña crítica, después de una breve reflexión sobre una parte sustancial del quehacer del historiador, y que a continuación reproduzco:

...estas tareas históricas *menores* que todo historiador o todo profesor de historia está obligado a realizar como parte importante de su profesión: ensayos, notas, crónicas, resúmenes de lecturas, etc., constituyen las actividades cotidianas de los profesionales de la Historia. Aunque hemos llamado menores a estas tareas, no son fáciles de ejecutar, y para bien llevarlas a cabo hay que realizar un serio esfuerzo intelectual, y esto lo saben a la perfección todos aquellos que conscientemente las practican. *En una pequeña nota crítica, pongamos por caso, el recensor está obligado a dar cuenta en poco más de seis cuartillas de los siguientes ítemes: resumen brevísimo y fiel del contenido de una obra, subrayando al mismo tiempo los temas esenciales; noticia concisa sobre el autor, en la que se señale a la vez su categoría y la de la obra dentro de la jerarquía temática que le corresponda; alusión al método histórico empleado y al buen o mal empleo del aparato crítico y de las fuentes, sin olvidarse de remitir al lector a las faltantes, cuando sean esenciales; y por último, apuntar las discrepancias o acuerdos críticos, insinuando de paso y hábilmente el valor atractivo o repelente que pueda poseer la obra con vista al presunto lector o especialista. ¡Y todo esto (y aún más), como hemos dicho, en cinco o seis cuartillas!*

Si pondero estas líneas y la huella que han dejado en mí desde hace tantos años es porque he sido reseñista de corazón y de disciplina. A ese párrafo y a la enseñanza que sobre la marcha me dio Ramón Xirau debe mucho de lo que ha sido mi ejercicio profesional en ese campo.

No sé si en estos casos la presentación del premiado debe incluir una semblanza exhaustiva de su vida y su obra. No creo que así deba ser. No creo necesario hablar de que el doctor Ortega nació en Málaga el 10 de agosto de 1914 y que llegó a México en 1940. Que en este país, donde ha transcurrido la mayor parte de su vida (51 contra 26 años), vino a completar su formación; primero en la Escuela Normal Superior, donde estudió con don Miguel Othón de Mendizábal, quien lo persuadió acerca de las bondades de la época prehispánica, para dirigirse luego hacia la Facultad de Filosofía y Letras, en la Ribera de San Cosme, donde el magisterio de O'Gorman lo orientó hacia el que ha sido su campo fundamental de especialización, que es la historia de la historiografía, dentro del cual ha encaminado muchas vocaciones. De las más de cien tesis que ha dirigido, muchas son de asunto historiográfico.

Pronto fue profesor de tiempo completo en su propia Facultad, hasta que Jorge Gurría Lacroix lo animó a incorporarse al Instituto de Investigaciones Históricas, donde ha ejercido una notable carrera, culminada, pri-

mero, con el nombramiento de investigador emérito y, después, con el otorgamiento del Premio Universidad Nacional. Antes, mucho antes, la Academia Mexicana de la Historia lo había recibido como miembro de número.

El doctor Ortega es autor de una amplia bibliografía que, esa sí, no voy a mencionar en este breve discurso. Son magistrales algunos de sus trabajos, como las célebres ediciones de Humboldt y Prescott, tanto por sus estudios introductorios como por sus apéndices que hacen a los textos mucho más manejables. Su excelente selección de trabajos reflexivos sobre la historia en su *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* ha sido leída por muchas generaciones de estudiantes que ahí se enfrentan a lo que mexicanos del siglo xix y del primer tercio del xx pensaron que era y debía ser su quehacer.

Don Juan es, además, cosmopolita. Ya mencioné aquella traducción de la *Filosofía de la historia* de Schiller. También está su traducción y selección de Ranke y de Guillermo de Humboldt, a quienes presenta dentro de un magistral trabajo de historiografía europea del xix. En fin, son muy conocidas sus reflexiones sobre cómo la conciencia anglosajona ha visto a México y a los mexicanos a lo largo del tiempo. Su bibliografía es rica y sustanciosa. Ahora que se pondera tanto la productividad, don Juan no necesitó de programas de estímulos para lograr una de enorme riqueza en cantidad y en calidad.

Pero, como él dice en su advertencia a su libro de 1962, también hay tareas *menores*. Ésa es la cotidiana, la que consiste en no dejar de leer y comentar textos. De ahí el párrafo mencionado y de ahí el que esta noche estemos aquí celebrándolo. Se reconoce ahora que la lectura, y lo que escribió como resultado de ella, acerca del excelente libro del maestro Luis González, *El oficio de historiar*, fue la mejor reseña publicada en 1989. Coincidió con el jurado en que se trata de un texto magistral. Debo decir, y lo digo como profesional del reseñismo, que es más difícil comentar libros buenos que libros malos; que es más fácil pegar que reconocer, por el temor de incurrir en el elogio fácil. Si, por el contrario, se pega y se desbarata, la fama de uno se acrecienta. En cambio, elogiar, pero elogiar con sustantivos es tarea difícil. No se trata de adjetivar sino de decir con razones por qué es bueno un libro; en este caso, por qué es bueno un libro tan bueno como el de Luis González.

Y aquí cabe especular acerca de cómo se enfrentaron dos espíritus y dos formas tan distintas de aproximarse a la historia, que no obstante tienen muchas cosas en común. La diferencia entre ambos es lexicológica. Y lo digo como viejo alumno de Ortega. Con don Juan no hay que dejar lejos el diccionario. En su clase escuché una palabra que me dejó estupefacto y que ahora Televisa ha trivializado: crestomatías. En cambio, don Luis y su afán comunicativo han hecho del lenguaje del historiador algo

laxo y de fácil digestión. En la reseña hoy reconocida está la reacción esperada en un espíritu de apertura que muestra que un maestro no sigue dogmáticamente sus modos de ser, sino que admite lo diferente. Eso es ser maestro.

La reseña en cuestión apareció en el boletín *Históricas*, del propio Instituto al que pertenece el doctor Ortega, con el cual ratifica su calidad, dado que no es la primera vez que un texto publicado en él obtiene un reconocimiento.

Don Juan: los que hemos aprendido de usted nos sentimos orgullosos de este reconocimiento a un aspecto valioso de su obra. Enhorabuena.